

## Nadie le cree a un rey que no tenga caballos

*Ciertas personas de cuatro patas*

RAFAEL BAENA

Luna Libros, Bogotá, 2014, 170 pp.

“EL EDITOR de este libro me llamó hace unos días para decirme: ‘Quiero un texto tuyo sobre caballos. Sobre tu vida, la relación que has tenido con los caballos’”, dice Rafael Baena (Sincelejo, 1956-2015) por allá en la página 14 de este libro que resulta ser el sentido testimonio de Baena sobre uno de los afectos más importantes de su vida: los caballos. Tuve la suerte de conocer personalmente a Rafael, a propósito de una entrevista que se me encomendara hace ya unos años para este boletín (números 76-77) y en la que hablaba, palabras más, palabras menos, de sus grandes amores: la reportería, la historia, su familia y, desde luego, los caballos. De la mano de sus recuerdos personales, en *Ciertas personas de cuatro patas*, Baena se permite hacer un paneo muy personal sobre el porqué de su afición a ellos, a la vez que trae a colación toda clase de episodios y hechos históricos con los que de alguna forma justifica dicha predilección, visible de manera sostenida en las historias de sus novelas.

La escena con la que se abre el libro es el retrato entrañable de un Rafael Baena montando por primera vez una yegua, a sus cinco años de edad: “Ese niño soy —o era— yo, y ahora, transcurrido medio siglo, en realidad no estoy muy seguro del nombre de aquella yegua, pues ese dato me fue suministrado años después por Antonio, mi padre”. Los nombres de sus caballos serán en este libro de suma importancia para Rafael. No se trata, pues, de una mascota o de un bien semoviente, sino de una parte de su vida e incluso otro miembro de su familia. Vamos así por nombres como Panela, Casandra, Centella, Llanero, Conde, Rumba, Coleta, Bartola, Minerva, Borrasca, el Moro, Rejonero, Payaso, hasta llegar a Odiseo, el caballo sobre el que alguna vez tuvimos la ocasión de conversar con Rafael.

Guía práctica para saber de paso las pautas esenciales para acercarse a estos “bichos”, como de cariño les

llamara Baena, *Ciertas personas de cuatro patas* empieza por hablarnos de cómo ganarnos su cariño, esto es,

(...) acercárseles bien provisto de pedazos de caña, de panela, cubos de azúcar o zanahorias frescas, según sea el caso y condición económica de cada sujeto. Eso de salir al potrero o de meterse al corral a jugar el papel de persuasivo psicólogo de equinos tipo Robert Redford no ocurre sino en las películas, porque sus conexiones nerviosas funcionan de una forma infinitamente más simple y por lo tanto son más difíciles de persuadir. (p. 20)

El interesante intercambio entre las memorias de Rafael Baena y el rastreo literario e histórico del lugar de los caballos, en momentos puntuales de la historia, sirve al libro para abrirse camino de manera deliberadamente tranquila y sin demasiados ambages intelectuales y estilísticos. Quien conoce el talante de Baena sabe de sus constantes ocurrencias y de su buen humor. Al tiempo que habla con seriedad de la guerra de los Mil Días o nos presenta, como es el caso, un panorama general del mundo equino desde la mismísima Troya, pasando por el rey persa Darío, Alejandro Magno, Aníbal, Adriano, Quinto Fulvio Flaco, hasta nuestros días, va dejando por ahí sus chascarrillos y deshilvana un poco lo que en principio demandaría todo un tratado enciclopédico. Tras reflexionar hondamente sobre el porqué de su valor para la humanidad, Baena prosigue su copiosa disertación apoyándose en textos de escritores y pensadores como Fernando Savater o, como en este caso, en estudiosos colombianos del tenor del poeta Darío Jaramillo Agudelo. Esto a propósito del rey Apolonio:

Si no existen los caballos, los reyes tampoco pueden existir. Es sencillo: nadie le cree a un rey que no tenga caballos (en cambio todo el mundo le cree a un caballo aunque no tenga rey: eso demuestra que son más necesarios los caballos que los reyes). Aun en estos tiempos, un rey en motocicleta, o esquiando, será un rey, pero es un rey en vacaciones. Para reinar, los reyes necesitan a los caballos. (p. 111)

De allí, Baena pasa a estudiar incluso las tácticas de guerra propiciadas

por el buen entrenamiento y relación con los caballos, y llega hasta los linderos de los húsares polacos, la Rusia de Romanov o la caballería del acérrimo líder protestante Oliver Cromwell. La táctica que se describe en esas páginas es la del “caracol”, que consiste en acercarse “hasta los cuadros de piqueros enemigos para descerrajar tiros de pistola (...). Cada jinete contaba con tres pistolas en el equipo reglamentario de su silla de montar, y el juego consistía en dispararlas, escapar fuera del alcance de los mosquetes enemigos, recargarlas y volver a la función exterminadora con la mayor persistencia posible” (p. 112). Después de criticar un poco a los historiadores y su uso de términos como aquel de “la era dorada de la caballería”, Baena prosigue su relato personal con visos de modesto ensayo, apoyándose incluso en pasajes literarios con los que es imposible no pensar en caballos. De *Los tres mosqueteros* de Dumas, va al *Gulliver* de Swift y su encuentro con los yahoos:

(...) no me era ajeno el arte de la guerra, le hablé de cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvoras, espadas, bayonetas, batallas, sitios, retiradas, ataques, minas, contraminas, bombardeos, combates navales, buques hundidos con un millar de hombres, veinte mil muertos de cada parte, gemidos de moribundos, miembros volando por el aire, humo, ruido, confusión, muertes por aplastamiento bajo las patas de los caballos, huidas, persecución, victoria, campos cubiertos de cadáveres que sirven de alimento a perros, lobos y aves de rapiña; pillajes, despojos, estupros, incendios y destrucciones. (p. 116)

Rafael hace entonces la siguiente acotación: “En la búsqueda de los hombres por encontrar formas más rápidas y efectivas de matar, los caballos los han acompañado siempre, asumiendo su destino con fidelidad resignada y aportando su grano de arena” (p. 118). Así, más de 4.000 años han servido, refiere Baena, para que el caballo pueda efectivamente suplir las necesidades del hombre y de alguna manera acoplarse a su capricho militar (en este punto bien vale detenerse en el relato que hace Baena de las guerras

de Napoleón); situación esta que tras el advenimiento de las guerras mundiales terminó relegando al caballo de su lugar en el campo de batalla, sobre todo en la Segunda Guerra.

Seguido a esto, y de paso por ese interesante rastreo que *Ciertas personas de cuatro patas* propone desde los diferentes flancos de la pericia y las ambiciones humanas, Baena se detiene a pensar en el caballo desde el cine hasta el caballo como materia germinal del arte, incluso plasmado en las cuevas de Lascaux, en el tapiz de Bayeux, en Géricault, en Picasso y su *Guernica*, en Braque, Marc, Degas, etc., etc. “Pero hablar del caballo en el arte [agrega luego Baena] es llover sobre mojado, pues se ha gastado un océano entero de tinta para tratar un tema clásico que igual está en las ruinas asirias que en las galerías y salas de exposición (...)”. (p. 135)

El libro aborda en su parte final la convergencia entre los caballos y la obra de Rafael Baena, toda vez que ninguna de estas novelas (quizá no tanto *Samaria Films xxx*) podría tener tanto sentido sin la presencia estentórea o principal de un caballo y su jinete. Después se adentra en la, para entonces, futura empresa de escribir sobre la violencia en Colombia, accediendo incluso a contarnos sobre el secreto intrínquilis que lo llevara a escribir aquella *Tanta sangre vista*, novela en la que nace para Baena el Cuarto Regimiento de Lanceros —“se trataba de una unidad integrada por jinetes que no eran propiamente aristócratas a caballo sino campesinos, que suelen pelear a pie” (p. 147)—. Nos da, de paso, una chiva ya extemporánea: este libro iba a llamarse *Caballería chusmera*, y nos cuenta sobre su personaje, Juan José Rondón.

Para terminar, Rafael habla sobre su decisión de apartarse de la vida citadina para cuidar aquella EPOC que terminaría por quitarle la vida, y lo hace cerca de sus caballos, con la complicidad de sus hijas Valeria y Manuela, “ambas excepcionales amazonas que desde muy niñas montan con la misma relajada actitud que exhiben a la hora de jugar con los perros o revolcarse sobre el tapete con sus gatos” (p. 163), y la lealtad y apoyo de su esposa Amalia: “Hacemos lo posible por sublimarnos a la máquina del tiempo y

darnos un buen paseo por caminos de herradura, procurando, eso sí, evitar sobresaltos, lo cual excluye de plano las galopadas a rienda suelta” (p. 164).

**Carlos Andrés Almeyda Gómez**